

D. JOSÉ RAMÓN YÉPEZ.

D. JOSÉ RAMÓN YÉPEZ.

D. JOSÉ RAMÓN YÉPEZ.

LA MEDIA NOCHE.

Á LA CLARIDAD DE LA LUNA.

En ninguna parte la Naturaleza nos penetra más del sentimiento de su grandeza: en ninguna parte nos habla más y más fuertemente, que bajo el cielo de América.

Opacos horizontes,
Y rumor de airecillos y cantares,
Y sombras en los montes,
Y soledad dulcísima
En la tierra infeliz de los palmares;
Y allá lejos la luna que se encumbra,
Y un cielo azul de porcelana alumbra.

Y en el lago sin brumas
La onda medio caliente entumecida,
Coronada de espumas,
Soñando melancólica:
Y como tregua ó sueño de la vida
En el hogar del hombre; y como inerte
La creación, y el sueño como muerte.

La gran naturaleza,
Ó vacila ó se asombra, y muda y grave,

Pálida de tristeza,
Ve sus astros inmóviles,
Suspensión de la vida, que no sabe,
Maravillada el alma, si le asusta,
Ó le place por quieta ó por augusta.

Tal es, sobre su coche
Que silencioso por el orbe fueda,
La extraña media noche
De las regiones índicas:
Así, al tañer de la campana, queda,
Su voz oyendo por el aire vago,
La ciudad de las palmas en el lago.

Aquí empieza el imperio.
De esas visiones sin color ni nombre
Que en inmortal misterio
Guardan las noches tórridas,
Aquí no alcanza á comprender el hombre
La cifra ó la razón de cuanto mira,
Ó si despierto está, sueña ó delira.

Tanta trémula estrella
Que de rubíes el espacio alfombra,
Tanta roja centella
Que con la luna pálida
Penetra y brilla en la nocturna sombra,
Causa son de terror, causa de duelo,
Si ya la media noche sube al cielo.

¿Quién sabe por qué crece
Entonces el penacho de esa palma,
Y el viento la remece
Y la despierta súbito,
Y á su voz el concierto y dulce calma
De la noche se rompe, cual si fuera
Hablando una palmera á otra palmera?

¿Quién sabe por qué luego

Se vuelven las conchuelas con la luna
Margaritas de fuego,
Y cuando boga rápido,
Sonriendo de su espléndida fortuna,
Nauta feliz que ansía por cogerlas,
Ni conchas halla ni radiantes perlas?

¿Quién sabe, quién alcanza
Por qué se cierne la nocturna nube
Con monstruosa semblanza,
Y envuelta en sombras tétricas
Desciende al llano, á la colina sube,
Para mostrar después, como un tesoro,
El plateado cendal con fimbria de oro?

¡Mentira! bajo el peso
De tanta maravilla, grita el mundo:
Acaso será eso.....
Puede que los fantásticos
Prestigios de la luz, tras el profundo
Rumor que alzan los vientos que campean,
Finjan visiones, y mentiras sean.

Pero algo está escondido
Que bulle y vive y lúgubre se extiende
Al solemne tañido
De ese cristiano símbolo.
Algún prodigio el hombre no comprende
En esas altas horas: algo existe
De indefinible, pavoroso y triste.

No es que la noche ayude
Los Genios á salir de sus recintos;
Ni la mar se sacude,
Ni murmuran los céfiros,
Ni del santuario los dorados plintos
Caen sonando, ni la sombra pasa,
Ni el trueno zumba, ni la luz abrasa.

Más, con todo, á tal hora
Brotó, se desvanece, canta, gime,
Brilla, se descolora,
Azota el aire trémulo,
Empaña el éter, la materia oprime
Una sombra, una luz, un ser, ¡quién sabe!
Que llena el orbe y que en la chispa cabe.

Entre el hombre que piensa
Y los astros que alumbran, se descorre
Como una cosa inmensa,
Impalpable, magnífica;
Y cuando la pardusca y vieja torre
Su postrimera campanada vibra,
De eso como infinito ¿quién se libra?

Salve, ¡augusto misterio,
Que encierras tan hondísimos arcanos!
En tu silente imperio
De sonidos insólitos,
Y de pálidas luces, y de vanos
Pavorosos fantasmas, todo es triste
Y se transforma todo cuanto existe.

Más la razón del hombre,
Al impulso inmortal del sentimiento
Instintivo y sin nombre,
Penetrará recóndita,

Ó explicarse querrá con noble aliento,
Ese mundo invisible que reposa
Oculto entre la noche silenciosa.

Soledad de desierto
Y rumor de airecillo en los fragantes
Limonares del huerto;
Y en el azul vivísimo

Rubias estrellas, fuegos vacilantes,
Y claridad de luna que se encumbra
Y hasta el sombrío limonar alumbra.

Tal es, sobre su coche
Que silencioso sobre el orbe rueda,
La extraña media noche
De las regiones índicas;
Así, al tañer de la campana, queda,
Su voz oyendo por el aire vago,
La ciudad de las palmas en el lago.

LA RAMILLETERA.

Ramilletera de estos alcores,
Siempre vendiendo llenos de cintas,
De cintas verdes, ramos de flores,
Si ya vendiendo
Te siguen siempre los ruiсеñores,
No es por las flores de gayas pintas,
Sí por el seno do van las cintas.

Del huertecillo de los manzanos
Dicen que quieres, ramilletera;
Los olorosos lirios enanos,
¿Por qué los quieres,
Cuando no hay lirios como tus manos?
¡No por la fama, que es volandera,
Sí por ser lindas, ramilletera!

Tienen tal magia tus ojos pardos,
Que el Dios con venda sobre los ojos,
Entre verbenas, mirtos y nardos
Guardó su venda,
Rompió la aljaba, rompió los dardos,
Queriendo sólo que en sus enojos,
Sirvan los dardos que hay en tus ojos.

Como andas siempre por los rosales
Y esas tus trenzas son hebras de oro,
Dicen no hay otras trenzas iguales,

Porque en tus trenzas,
Á los suspiros primaverales,
Van ocultando como un tesoro
Las mariposas su polvo de oro.

Según repiten las zagalejas
Por las encinas de boca en boca,
Mientras dormías so las añejas,
Altas encinas,
Posó en tus labios tropel de abejas,
Y, al despertarte, la turba loca
Panal del Hibla llamó tu boca.

¿Qué más? El día que en las junqueras,
Cogiendo flores, quedó tu talle
Preso entre juncos y enredaderas
Llenas de flores,
Se dijo á gritos en las praderas,
Que entre los juncos del hondo valle
No hay junco verde como tu talle.

No, pues, te engrias, dulce paloma,
Vendiendo incauta tus ramilletes:
Es que no hay flores de tanto aroma,
Como la incauta
Que baja al valle, sube á la loma,
Dejando toquen sus brazaletes,
Mientras le compran sus ramilletes.

HIMNO EPITALÁMICO.

ESCRITO PARA IGNACIO PLAZA.

No en esa estancia penetréis divina;
Sobre el ara de aromas,
Pálida de pasión, llevó Ericina

Sus risueñas palomas.
¡Atrás! ¿No veis que hasta el dorado plinto
Cae el flotante velo?
La diosa ha descendido á ese recinto
En un rayo del cielo.
Velad tanto esplendor: oculte Apolo
La luz de sus mañanas;
Que á la estancia nupcial penetren sólo
Las flores por galanas.
La Madre del Amor descíñe estrecho
El ceñidor de oro,
Roja la boca y palpitante el pecho
Del oculto tesoro.
Suelte temblando, al seductor desvío,
La crencha perfumada.....
¡Cuán divina estarás, rosa de Chío,
Así medio velada!
Fortunado amator, la diosa esbelta
Ya besa al dulce niño;
Mirad como el rapaz sonriendo suelta
Su túnica de armiño.
¡Silencio! Ni un suspiro en el imperio
De los castos amores;
No temáis que una flor rompa el misterio;
Que mudas son las flores.

PASTORIL.

I.

Para cantar al niño
Rey de los cielos,
Me pides villancicos
De gracia llenos;
Cuenta, zagala,
Con estas canturías
De madrugada.

Yo sé que en las aldeas,
Por Navidades,
Esa es costumbre vieja
De los zagales;
Mas por lo mismo
Yo sé de esas costumbres
Lo que me digo.

¡Un cantarcico pides!
No tal pidieras
Cuidando en los rediles
De tus ovejas;
¡Pero son Pascuas
En que se cantan misas
Antes del alba!

Con ser la noche opaca
Te he visto anoche
Con rojas lumbraradas
Buscando flores,
¡Como que ignoras
Que se encandilan aves
Con luces rojas!

Y bien en poco estuvo
Por esas misas
El convertirse en humo
Tus alegrías;
Dígalo el lobo
Que aullaba olfateando
Cercano al soto.

Desde que Alicia toca
Su caramillo,
Las más extrañas cosas
Dicen de Alicia.
¡Cómo se mudan
En hogano los tiempos!
¡Bien dice el Cura!

No hay pastora en los prados
Á la redonda,
Que á la misa de gallo
Veloz no corra.
De tanta prisa
Más de una zagaleja
Saldrá córrida.

Mira, pues, pastorcica,
Que temo mucho,
Tras esas alegrías
Tan de tu gusto,
No se te anublen
Los ojos, cual los cielos.
Del mes de Octubre.

II.

Guarda tus villancicos,
Ya no los quiero:
Claveles tiene y lirios
El Rey del cielo.
¡Bien reza el Cura
Que ninguno está libre
De la calumnia!

Si, cual dices, lo sabes,
Que en las aldeas
Cantan por Navidades
Las zagalejas;
¡Por qué te admiras.
Cuando, madrugadoras,
Vamos á misa?

Para zagal son tristes
Tus pensamientos,
Pues según lo que dices,
Tú tienes celos,

Y ves fantasmas
En nuestras canturías
De madrugada.
Si anoche sali al prado
Con luces rojas,
No fué flores buscando,
Sino palomas;
Dos montañeras
Que al niño con sus cintas
Llevé en ofrenda.
Y bien por nuestras luces
Estuvo en poco
Que á Alicio el del adufe
Cogiera el lobo;
Pues escondido
Lo descubrió en la vega
De los olivos.
Desde que Alicio canta
Los villancicos,
Son, pastor, tus miradas
De basilisco.
Madre asegura
Que andas, como los lobos,
Aulla que aulla.
En alcores y prados
Y en luengas tierras,
Al niño en su sagrario
Todos le rezan;
Y es una dicha
Cómo caen las lluvias
Á maravilla.
Mira, pues, pastorcico,
Que vas zagüero
En el amor del niño

Rey de los cielos:
Si no me escuchas,
Temo que tu garganta
Se quede muda.

Á LA ESTRELLA DE LA TARDE.

Campanita de plata
De tan gran templo,
Trémula y solitaria
Sobre los cielos;
Yo te diviso
Suspendida en los campos
Del infinito.
Cuando á la fin del día
La tarde asoma,
Eres la campanita
Que á duelo toca;
Así los ángeles
Saben allá en el cielo
Cuando es de tarde.
Campanita te llamo
Siendo un lucero,
Mientras voy suspirando
Con mis recuerdos;
Es que asimismo
Te llamaba en mi patria
Cuando era niño.
Al perder mis fecundas,
Ricas visiones,
Dicen que se me anublan
Porque soy hombre.